



Jonás por fin obedece

«Y se levantó Jonás, y fue a Nínive conforme a la palabra de Jehová». *Jonás 3:3*

Dios llamó al profeta Jonás para que fuera a Nínive a predicar su palabra. «Sí, Señor –respondió Jonás–. Iré inmediatamente». ¡No! No fue así.

Jonás no estaba dispuesto a hacer lo que Dios le había dicho. No quería ir a Nínive a predicar la palabra de Dios. Fue a Jope, y allí encontró un barco que se dirigía a Tarsis, que queda en el sur de España, muy lejos de Nínive.

Jonás pensaba que podía escapar de la presencia de Dios. ¿Será eso posible? De ninguna manera. ¡Es imposible escapar de Dios! Dios está en todas partes.

Bajó al interior del barco y se echó a dormir. Mientras tanto se desató una gran tormenta en el mar. Soplaban en viento, las olas golpeaban contra el barco, la lluvia caía a torrentes, y el barco se estremecía como si se iba a romper.

El culpable de la tormenta

Los marineros tuvieron miedo y empezaron a clamar a sus dioses. Para aligerar el barco, arrojaron toda la carga al mar.

¿Y Jonás? Jonás estaba profundamente dormido debajo de la cubierta y no se percató de nada. En lo peor de la tormenta, el capitán del barco lo despertó.

–¿Qué tienes dormilón? –le dijo–. Levántate y clama a tu Dios. Quizá Él tenga compasión de nosotros y nos salve.

–¿De quién será la culpa de esta terrible tormenta? –dijo uno de los marineros.

Entonces echaron suertes para ver quién era el culpable.

¿Qué crees que pasó? ¡La suerte cayó sobre Jonás!

«¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Qué oficio tienes? ¿Cuál es tu tierra? ¿Por qué nos ha venido este mal?»

Jonás contestó a todas las preguntas y dijo quién era; dijo también que estaba escapando de la presencia de Dios.

–¿Por qué has hecho esto? –dijeron los marineros, asustados.

La tormenta se ponía cada vez más brava y preguntaron qué debían hacer con él para que se aquieten las olas.

–Arrójenme al mar y se calmará la tormenta –dijo Jonás.

Los marineros no querían echar a Jonás al mar y trabajaron arduamente para hacer volver al barco a tierra. No fue posible, porque el mar se ponía cada vez más bravo. Al fin aceptaron hacer lo que les dijo Jonás.

–Que Dios nos perdone –clamaron los marineros–. No es culpa nuestra que tengamos que echar a este hombre al mar.

Entonces tomaron a Jonás y lo arrojaron al mar. ¿Qué pasó? El mar se calmó; el viento dejó de soplar y las olas se aquietaron. Los marineros, agradecidos, ofrecieron sacrificios a Dios.



En el vientre de un pez

¿Y Jonás? ¿Se lo tragó un pez? Sí, un pez grande se tragó a Jonás. El pez era tan grande que lo tragó enterito. Tres días y tres noches pasó Jonás en el vientre del pez.

Dentro del pez, Jonás tuvo bastante tiempo para pensar. Se arrepintió de haber desobedecido a Dios y oró pidiendo perdón.

Después de tres días, el pez vomitó a Jonás en tierra.

¿Cómo crees que se sintió Jonás cuando salió del pez?

Una segunda oportunidad

Por segunda vez, Dios ordenó a Jonás que fuera a predicar en Nínive. Esta vez Jonás obedeció y fue a Nínive.

Nínive era una ciudad grande, de tres días de camino. Eso significa que Jonás tuvo que caminar tres días para predicar de un extremo a otro de la ciudad. En la gran ciudad de Nínive vivían 120.000 personas.

Jonás predicó la palabra de Dios. Anunció que dentro de cuarenta días Dios iba a destruir la ciudad.

¿Qué pasó? Todos en Nínive –niños, jóvenes, adultos y ancianos– se arrepintieron y comenzaron a ayunar. El rey ordenó que los animales de la ciudad también ayunaran. Desde el más grande hasta el más pequeño se vistieron con ropas ásperas y no comieron ni bebieron.

¿Qué hizo el rey? Cumplió el mismo ayuno que el pueblo, y en vez de sentarse en su trono se sentó sobre ceniza.

Dios perdonó a los ninivitas y no destruyó la ciudad.

¿Y Jonás? Jonás, en lugar de alegrarse porque los ninivitas se arrepintieron y Dios los perdonó, se enojó con Dios por haber perdonado al pueblo de Nínive.

No seamos como Jonás, sino gocémonos cuando alguien se arrepiente y entrega su vida a Cristo para servirle.